

del cielo, se dan á la vela para Oriente. El Soberano Pontífice, cual otro Moisés, no cesa en tanto de alzar las manos al cielo y de dirigir á Dios fervientes oraciones para atraer sus bendiciones sobre las armas de los cristianos. Finalmente, los dos ejércitos traban la pelea en el golfo de Lepanto el dia 7 de octubre de 1571. Los turcos acometen al ejército cristiano con furor, y alcanzan al parecer alguna ventaja en un principio; pero Aquel que tiene en sus manos la victoria no tarda en declararse en favor de los cristianos; los infieles son completamente derrotados, perdiendo mas de treinta mil hombres y casi todo el material del ejército, y los cristianos hacen un inmenso botin y ponen en libertad á quince mil cautivos que encontraron en las naves de los mahometanos.

El Santo Padre tuvo revelacion de la victoria en el mismo instante de alcanzarla. Estaba ocupado en trabajar con los cardenales; de pronto los deja, abre la ventana, y les dice despues de haber mirado el cielo algunos momentos: «No hablemos mas de negocios, «pues solo debemos pensar ya en dar gracias á Dios por la victoria «que acaba de conceder al ejército cristiano¹.» Este hecho, por extraordinario que parezca, fué atestiguado del modo mas auténtico, y es citado como incontestable en el proceso de la canonizacion del santo Papa. Pio V estaba tan persuadido de que la victoria de Lepanto habia sido efecto de la proteccion particular de la Virgen santísima, que instituyó con este motivo la fiesta de nuestra Señora de la Victoria, que trasladó luego al primer domingo de octubre su sucesor Gregorio XIII, bajo el titulo de fiesta del santo Rosario. Con igual motivo añadió tambien Pio V en la letania de la Virgen santísima estas palabras: *Auxilium christianorum, ora pro nobis*; Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos dado en María una madre omnipotente y buena; haced que la amemos é imitemos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *invocaré á María en todas mis penas y tentaciones.*

¹ *Vida de san Pio V*, por Mr. de Falloux.

LECCION XLIX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Fiestas de la Cruz.—¿Qué es una cruz?—Fiesta de la Invencion de la santa Cruz.—Su historia.—Fiesta de la Exaltacion.—Su historia.—Preeminencias del culto de la cruz.—*Via Crucis.*

I. La cruz.—¿Qué es una cruz? Un libro que contiene toda la historia de Dios, del hombre y del mundo.

La historia de Dios. El universo con todas sus maravillas es un libro que manifiesta con indudable elocuencia la omnipotencia de Aquel que con sola la palabra sacó de la nada todas las criaturas. El orden y la constante armonía de los mundos me dicen la sabiduría infinita del que arregló como jugando todo el mecanismo de la inmensa máquina del universo; Lucifer y sus legiones rebeladas, precipitados en un mirar de ojos del esplendor del cielo á las sombrías profundidades del abismo; Adán y Eva, reyes del mundo visible, destronados, despojados, arrojados y condenados á los dolores y la muerte con toda su raza; Sodoma incendiada, y las naciones aniquiladas por causa de sus crímenes, me cuentan la severidad terrible de la justicia de Dios; y el sol saliendo todos los dias para el pecador lo mismo que para el justo, me refiere la inagotable bondad de Dios. Pero todo esto no es mas que el alfabeto de la ciencia de Dios, y la cruz es su complemento y última palabra: mil veces mas elocuente que todas estas cosas, ella me cuenta el poder, la sabiduría, la justicia y la bondad de Dios, y por consiguiente la cruz es la manifestacion mas brillante de Dios y de sus perfecciones adorables.

La cruz me refiere tambien la historia del hombre. Las guerras, las divisiones, los odios nacionales y domésticos y la lucha incansante que siento en mi alma me explican indudablemente que el hombre está degradado, y que solo se ha degradado porque es culpable; pero ¿cuál es la profundidad de mi degradacion? Solo la cruz me lo enseña satisfactoriamente, pues ella sola me dice la reparacion

que necesitaba. Las revelaciones divinas, las lecciones de los Profetas, y las innumerables gracias concedidas al mundo me explican el valor del alma á los ojos de Dios; pero la cruz me lo explica infinitamente mejor, y mostrándome un Dios moribundo, me dice: Mira, alma humana, lo que vales! *Anima, tanti vales!* Luego es verdad que la cruz me explica mi naturaleza, mi corrupcion, los medios de rehabilitacion y el valor de mi alma mejor que todas las revelaciones y todos los libros. Luego la cruz es el complemento de la ciencia del hombre.

La cruz me cuenta tambien la historia del mundo. Los historiadores me refieren extensamente la vida de las naciones, sus épocas de gloria y de decadencia, y su influencia en bien ó en mal; pero solo la cruz me dice la tendencia general de los siglos y el objeto providencial de todos los pueblos que se suceden en la escena del mundo, y ella sola me muestra la historia del género humano como una magnífica epopeya. La cruz reúne bajo sus brazos todos los siglos, y explica el mundo antiguo y el mundo nuevo, de los cuales ha salvado al uno con la esperanza, y salva y civiliza al otro por medio de la fe. Abrid sus anales empezando desde el Gólgota: todos los pueblos van á pasar sucesivamente ante nuestros ojos, vendrán á contrariar momentáneamente con la cuchilla el triunfo de la cruz, y los veréis despues reposar á la sombra de este árbol saludable, inclinarse bajo las bendiciones de sus Pontífices, y sepultarse para regenerarse en las aguas del Bautismo. En los confines del mundo hay pueblos que no piensan en venir hácia ella, y ella vuela hácia ellos, y sus Apóstoles los inscriben con su propia sangre en sus listas inmortales. Y la cruz nos muestra á Dios sobre todos los pueblos y todas las historias, llevando en sus manos el corazon del mundo, y haciendo mover á su antojo en la esfera de su destino á los Estados, á la Iglesia y á la humanidad! Círculo inmenso cuyos ródios vivificadores llegan hasta los confines del universo, y cuyo centro es la cruz. ¡La cruz! siempre la cruz! Todo contribuye á sus progresos, todo coopera á sus victorias, tanto los siglos antiguos como los nuevos, y la cruz es por consiguiente el complemento de la ciencia del mundo y de la humanidad.

¿Qué mas es una cruz? Es todo el Cristianismo sensibilizado por sus medios de buen éxito y por su espíritu, es el monumento siempre subsistente de la divinidad de nuestra Religion. Remontaos á la

época anterior á los últimos diez y ocho siglos, interrogad á las naciones de entonces y preguntadles, ¿qué es una cruz? Judíos y gentiles os responderán: La cruz es instrumento de suplicio de los esclavos, un objeto de maldicion, de deshonra y de horror¹. Interrogad actualmente á las naciones y preguntadles: ¿Qué es la cruz? y os responderán: La cruz es un objeto de amor y veneracion. Y si alzais los ojos, la veréis en la cúpula de los edificios, en la cima de los montes y á lo largo de los caminos; en la soledad y en los parajes habitados, en las ciudades y en las campiñas; en el cuello de las princesas como un adorno, y en el de las sencillas aldeanas como un objeto de consuelo; en la frente de los monarcas y en el sepulcro del pobre, en los palacios y en las cabañas, en los templos y en los tribunales de justicia.

¿De dónde procede tan extraña revolucion de opiniones y de ideas? ¿Por qué y cuándo se empezó á honrar la cruz? ¿Cuál fué la cruz que se honró primero? Si dirigis todas estas preguntas al mas sencillo niño cristiano, os hablará de aquella gran cruz que se alzó hace diez y ocho siglos en la cima del Calvario, y sobre la cual espiró el Salvador Jesús. Tal fué la primera cruz honrada en el universo y la única que mereció serlo, porque todas las demás solo se honran por relacion á ella, así como solo se honra á ella por relacion al Dios cuya sangre enrojeció sus brazos y su tronco.

¡Ah! no me asombra ya que el cristiano reverencie la cruz: todos los hombres, de cualquiera condicion que sean, deben caer ante ella de rodillas, porque habeis de saber que la cruz es el primer árbol de la libertad, el paladium de los tronos, el pendon de la civilizacion, el libro de los grandes dolores, de las grandes lecciones, y por consiguiente de las grandes luces y consuelos; ella venció al Paganismo homicida, déspota é infame, y ella desvaneció y desvanece aun todas las tinieblas de la indigencia. Los países á donde llegan sus rayos están alumbrados como la tierra cuando brilla el sol en el horizonte, y la cruz es la abnegacion, el espíritu de sacrificio, todo lo que asegura la existencia de las familias y de las socie-

¹ Servorum, latronum, sicariorum et seditiosorum supplicium crux erat cui illi affigebantur, et in ea pendebant, donec fame, siti, doloribus, enecarentur, post mortem suam canum et corvorum relictis cibis. Itaque supplicio illo non aliud apud Romanos infame magis, et acerbum magis. (Lamy, *Dissert. de Cruce*, § 1, pág. 573; id. Lipsius, *de Cruce*, lib. 1, c. 12 et 13).

dades. ¡Baldon y desgracia para los hombres que pasan por delante de una cruz sin dignarse saludarla, y para los que la destierran del hogar doméstico! El hijo no se avergüenza de un padre virtuoso, hasta que él mismo ha dejado de serlo.

La Iglesia católica, tierna esposa del Dios del Calvario, ha mirado siempre á la cruz como su joya mas querida y preciosa. ¿Quién contará los honores de que la rodea? No hay una ceremonia de su culto en que no halleis la imágen y el recuerdo de la cruz; y como si no hubiesen bastado á su amor estos homenajes de todos los dias y de todos los instantes, ha establecido dos fiestas particulares para honrarla: la de la Invencion y la de la Exaltacion. Hé aquí su interesante historia:

II. Descubrimiento de la verdadera cruz.—El gran Constantino, que habia triunfado de sus enemigos con el poder milagroso de la cruz, estaba vivamente agradecido á Jesucristo, y santa Elena, su madre, participaba de los nobles sentimientos de su hijo, de lo cual procedia su comun veneracion á los lugares que el Hijo de Dios habia honrado con su presencia, sus lecciones y sus milagros. La piadosa Emperatriz, deseosa de satisfacer su devocion, pasó á Palestina en 326, aunque tenia cerca de ochenta años de edad.

Cuando llegó á Jerusalem, se sintió animada de un ferviente deseo de hallar la cruz en que el Hijo de Dios habia padecido por nuestros pecados; pero ningun indicio designaba el paraje donde podia estar, y hasta la tradicion daba muy pocas luces sobre este objeto, pues en su odio al Cristianismo los gentiles habian hecho todos los esfuerzos posibles para ocultar el que se conociera el sitio donde habia sido sepultado el cuerpo del Salvador. No contentos con haber amontonado una gran cantidad de piedras y escombros, habian edificado allí un templo á Vénus, para que pareciese que los fieles iban á honrar á esta falsa divinidad cuando fueran á rendir sus adoraciones á Jesucristo, y habian profanado tambien el sitio donde se habia efectuado el misterio de la Resurreccion, erigiendo una estatua de Júpiter, que subsistió desde el reinado de Adriano hasta el de Constantino.

Resuelta Elena á no omitir medio alguno para conseguir su piadoso designio, consultó á los habitantes de Jerusalem y á todos los que podian darle algun indicio, y le respondieron que si llegaba á descubrir el sepulcro del Salvador, no dejaria de hallar los instru-

mentos de su suplicio. Acostumbrábase en efecto entre los judios abrir un oyo cerca del sitio donde enterraban el cadáver de las personas condenadas á muerte, y arrojar en él todo lo que habia servido para su ejecucion, pues estos objetos causaban horror, y se apresuraban á apartarlos de la vista para siempre.

La piadosa Emperatriz mandó en seguida demoler el templo y derribar las estatuas de Vénus y de Júpiter; apartaron los escombros, empezaron á excavar el terreno, y se halló por fin el santo sepulcro. Cerca de él habia tres cruces con los clavos que habian atravesado el cuerpo del Salvador y la inscripcion que habian puesto en el extremo de la cruz, siendo fácil conocer que una de las cruces era la que se buscaba, y las otras las de los malhechores en medio de los cuales habia espirado Jesucristo; pero no se sabia cómo distinguirlas, por cuanto el titulo estaba ya separado, y no sobre ninguna de las tres.

San Macario, obispo de Jerusalem, creyó que en tal incertidumbre debia tomarse el partido siguiente: dijo que llevasen las tres cruces á casa de una señora de distincion que acababa de morir; hiciéronlo así, y dirigiéndose en seguida á Dios por medio de una ferviente oracion, aplicó separadamente las cruces sobre la difunta. Al contacto de las dos primeras la muerte se negó á soltar su presa, pero la tercera la obligó á huir, y la señora se despertó llena de vida.

III. Historia de la verdadera cruz.—Fué tan viva la alegría de santa Elena al obrarse el milagro que le daba á conocer la verdadera cruz, que fundó una iglesia en el lugar donde se habia hallado tan precioso tesoro, y lo depositó allí con gran veneracion, despues de haberlo encerrado en un riquísimo relicario. Dió una parte al Emperador su hijo, que la recibió en Constantinopla con sumo respeto, y envió otra parte á la iglesia que fundó en Roma, y que se conoce bajo el nombre de *Santa Cruz de Jerusalem*. Regaló á la misma iglesia la inscripcion de la cruz del Salvador, que se puso sobre uno de los arcos, donde se encontró en 1492 dentro de una caja de plomo. La inscripcion, que está en hebreo, en griego y en latin, es de letras rojas sobre madera blanqueada. Los colores se han oscurecido mucho desde los últimos años del siglo xv, y casi se han borrado las palabras *Iesus... Iudaeorum*. La plancha tiene nueve pulgadas de longitud, pero debió tener doce.

Santa Elena mandó guardar en una caja de plata la porcion mas considerable de la cruz, y la dejó en Jerusalem bajo la custodia del santo obispo Macario para conservarla á la posteridad, y fué depositada en la magnífica iglesia que habian mandado edificar la Emperatriz y su hijo. Acudian á ella de todas partes para venerarla, como sabemos por las vidas de san Cirilo de Jerusalem, de san Porfirio de Gaza, etc., y se cortaban con frecuencia partículas que se regalaban á personas piadosas, sin que por eso se advirtiese ninguna disminucion en el leño sagrado; así lo cuenta san Paulino en su carta á Severo. San Cirilo de Jerusalem decia, veinte y cinco años despues del descubrimiento de la cruz, que este leño era repartido por toda la tierra en pequeños fragmentos, y comparaba este prodigio con el que obró Jesucristo cuando alimentó milagrosamente á cinco mil hombres en el desierto.

La iglesia edificada por santa Elena se llamaba la *Basilica de la Santa Cruz*, á causa del precioso tesoro que poseia. El que estaba encargado de su custodia era siempre un venerable sacerdote. La basilica de la Santa Cruz se llamaba tambien *Iglesia del Sepulcro ó de la Resurreccion*, porque habia en ella una capilla construida sobre el sepulcro ó caverna donde habia sido encerrado el cuerpo del Salvador y que se hallaba en el huerto lindante con el monte Calvario. Esta circunstancia nos dará una idea de la magnitud de la basilica que cubria el sepulcro: se extendia hasta el monte Calvario, y encerraba el peñasco del Gólgota, así como tambien el paraje donde plantaron la cruz de Jesucristo para su crucifixion. Cuando Jerusalem fué reedificada, este edificio quedó dentro del recinto de la ciudad.

Hemos hablado de la inscripcion que pusieron en la cruz del Salvador. Conviene saber que los romanos acostumbraban hacer llevar delante de los malhechores que conducian al suplicio un cartel donde estaba escrito el crimen por el cual les condenaban á muerte. Suetonio dice hablando de un delincuente: «Llevaban delante de él un cartel donde el público leia la causa de su suplicio.» Lo mismo asegura Dion. Hé aquí lo que cuenta Eusebio de san Atalo, mártir en Lyon: «Le conducian en rededor del anfiteatro llevando delante de él una plancha en que estaban escritas las siguientes palabras: Atalo, cristiano.»

Siguiendo la práctica de los romanos, Pilatos mandó que lleva-

sen al Calvario delante del Salvador una *inscripcion* ó cartel que indicaba la causa de su suplicio, y que mandó clavar en su cruz, queriendo dar á entender que Jesucristo habia recibido la muerte únicamente por haber aspirado al poder supremo. Pero todo esto era obra de la Providencia, pues nuestro Señor era en realidad el verdadero Rey de los judíos, griegos y romanos; y la habian escrito en la lengua de estos tres pueblos para que pudiesen leerla y rendir sus homenajes al que tenia derecho á exigirselos ¹.

IV. Origen de las fiestas de la cruz. — En memoria de la aparicion milagrosa de la cruz á Constantino, se estableció en el siglo iv una fiesta que las iglesias de Oriente y Occidente celebraban con gran pompa el 14 de setiembre ². Esta fiesta fué mas solemne aun despues del descubrimiento de la verdadera cruz por santa Elena, porque fueron objeto de la misma solemnidad estos dos acontecimientos. El recobro de la cruz dió lugar en el siglo viii al establecimiento de una nueva fiesta que la Iglesia latina celebra el 14 de setiembre, y desde esta institucion ha fijado en el 3 de mayo la fiesta de la Invencion de la Cruz, es decir de su descubrimiento por santa Elena.

Contarémos en breves palabras cómo se recobró de los persas esta preciosa reliquia. Cosroes, rey de Persia, se apoderó en 614 de Jerusalem y se llevó la verdadera cruz; pero el cielo permitió que no fué abierta la caja que la contenia, y permaneciese intacto el sello del obispo de Jerusalem que cerraba la abertura. Habiendo venido el emperador Heraclio á los persas quince años despues, la primera condicion que se les impuso fué que entregasen la cruz, y aceptada la condicion la cruz fué devuelta.

El Emperador se llevó consigo esta preciosa reliquia á Constantinopla, donde hizo su entrada con la mayor magnificencia. Á principios de la primavera del año siguiente 629, se embarcó para Palestina con el designio de depositar la reliquia en Jerusalem, y dar allí gracias á Dios por sus victorias. Como príncipe verdaderamente

¹ Véase Godescard.—El título de la verdadera cruz está en Roma en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalem. (Véanse interesantes pormenores en las *Tres Romas*, t. I).

² Hujus festivitatis meminit qui paulo post Constantinum vixit Chrysostomus, *Homil. LI*, t. I, quam habuit quarto nonas octobris: «Nondum elapsi sunt dies «vinginti, ex quo memoriam crucis celebravimus, et ecce martyrum memoriam «celebramus. (Bened. XIV, pág. 389, 10).